

La imagen del hombre en el Señor de las Moscas y Los Herederos

Lucinda Nava A. (Filosofía y Letras)

Ciertamente en la actualidad ha llegado a ser un lugar común juzgar la contemporaneidad de una novela a través de su estilo o forma de decir; el monólogo interno, la disolución del tiempo como entidad concreta y definitoria son, entre otras, las armas más frecuentemente usadas por los escritores que a partir de Joyce han minado mortalmente el sólido edificio de la novela tradicional que culminó gloriosamente en el siglo XIX; ellos y sus obras, respecto a esta consagrada novela con mayúscula, representan obviamente la antinovela.

Menos común es, en cambio, relacionar la nueva concepción de la realidad que la ciencia moderna nos entrega con estas nuevas formas de decir esa misma realidad. El hombre actualmente sabe que el motor de su acción, el pensamiento, no es una pauta lógica regida por la voluntad, sino un ininterrumpido e incontenible lenguaje que martillea la consciencia, provocado e interferido al mismo tiempo por múltiples estímulos internos, externos, subterráneos, elevadamente sutiles; también se sabe que el tiempo que vivimos y el espacio en el que nos movemos son y no son; que el sueño es tan absolutamente falso o tan relativamente cierto como la vigilia, y que nuestro pasado no sólo vive fragmentariamente en la memoria, sino que está aconteciendo en el mismo instante en que lo recordamos en algún lugar del Universo.

Estas verdades científicas han modificado al Universo al modificar la idea que se tiene de él, y a una nueva realidad corresponde siempre un nuevo lenguaje; ¿no será ésta la justificación y/o la explicación de la nueva novela? ¿Por qué no compilar toda una vida: los recuerdos, la sucesión de instantes y acontecimientos presentes, las esperanzas futuras, y la reflexión sobre todo ello, en veinticuatro cotidianas horas de la vida de un hombre intrascendente? si la psicología ha demostrado que a un mismo tiempo y en fracción de segundos una parte de la mente capta el mundo externo, otra recuerda, otra interrelaciona, otra expresa, y la física comprueba la inexistencia objetiva del presente, el pasado y el futuro.

Hubo tiempos en que la idea de la realidad era elaborada por la religión y otros en que lo fue por la filosofía, actualmente esta función le corresponde a la ciencia; relacionar, por lo tanto, interpretaciones o recreaciones de la realidad,

en este caso la novela con la ciencia, no tiene nada de particular. Si discutible podría resultar derivar directa y absolutamente las innovaciones estilísticas de la novela contemporánea de la nueva concepción científica de la realidad, no ocurre lo mismo si esta relación es llevada al aspecto temático, como ocurre con la novela de fantasía científica.

William Golding utiliza la verdad científica para crear la situación ficticia; su interés, a diferencia de la mayoría de los novelistas de ciencia-ficción, no se dirige hacia el futuro, sino al igualmente oscuro pasado; la problemática que persigue es la del origen, el escenario de sus divagaciones: los recónditos laberintos de la mentalidad primitiva. La armazón científica en que se apoya su argumentación novelística está basada en la psicología, la teoría de la evolución de las especies, la sociología y antropología de las sociedades primitivas.

William Golding nace en Cornwall, Inglaterra en 1911; publica *Señor de las moscas* en 1954 y *Los herederos* en 1955; en ambas la temática es la misma, aunque el planteamiento diverso. La primera más profunda y literaria narra la degradación paulatina hacia los orígenes espirituales que sufre un grupo de niños civilizados, que por circunstancias indeterminadas se encuentran abandonados en una isla deshabitada teniendo como única arma un brutal instinto de supervivencia. *Los herederos* más obvia, sitúa la acción en el terreno cronológicamente adecuado; es el encuentro incomprensible y absurdo del hombre de Neanderthal con el homo sapiens.

El hombre para Golding es siempre el mismo a través de las edades históricas e individuales, el hombre como especie y en singular conserva y conservará un reducto inmodificable que lo constituye: el miedo. Este sentimiento atávico que aparece en la infancia del individuo y de la especie es la respuesta primigenia a un reto, el de un universo que desconoce y agrede, es la interrogante que provoca lo que se sabe está más allá de nosotros, inquietante y terrible; el primer sentimiento coherente de los niños cuando conocen la verdadera oscuridad, la que se extiende más allá de sus camas y sus madres; lo que siente el semibípedo Lok al ver que el tronco —ese objeto que era como una prolongación de su cuerpo— ha cambiado de sitio y ya no puede cruzar el río. La naturaleza se burla del hombre, está viva, tiene intenciones, hay que defenderse: aprender a pensar.

El hombre civilizado es para Golding un mero accidente, los hábitos de la civilización son relativos en tanto que dependen de todo un enorme contexto ceremonial; faltando éste, queda a descubierto el verdadero hombre: el salvaje. ¿Qué puede significar hijo, escolar, inglés; cuando no existen los padres, la escuela o Inglaterra? No sólo el salvaje es el hombre que todos llevamos dentro, sino la causa necesaria para que exista el estereotipo que se mueve en el mundo frágil y açartonado de la civilización.

Señor de las moscas es una de las narraciones más lúcidas acerca del doloroso nacimiento de la civilización. *Después del momento* feliz en que los niños o el hombre son inocentes o inconscientes. Añorada edad de oro en que aún se cree que el mundo o la isla son el paraíso; viene el despertar; descubrir el fuego, conquistar la seguridad, aprender a cazar, a pescar, a buscar refugio, pero más que esto, aprender a conjurar el peligro que encarna todo aquello de lo cual se depende y que sin embargo se desconoce, nace el rito, el tabú, el sacrificio; porque la naturaleza es vengativa y exige, porque atrás de todo está el miedo: “la serpiente que a la mañana se transforma en cosas, como una cuerda en los árboles”.

El miedo es el motor de la historia, hay que destruir y dominar lo que nos atemoriza, pero el miedo engendra al miedo. La unión hace la fuerza: surge el grupo, nace el caudillo: alguien por encima de todos; la obediencia es el miedo institucionalizado y la sumisión engendra la rebelión; el poder es codiciable, los contrincantes se temen, el crimen se justifica y clama venganza.

No hay superación posible, en *Los herederos* el homo sapiens no resulta mejor que su antecesor biológico, el encuentro entre los representantes de dos etapas evolutivas significa exactamente lo mismo para ambos, se desconocen, por lo que se temen y en consecuencia desean suprimir al contrario; triunfa Tuami, poseedor de una técnica destructiva superior, pero esta victoria es intrascendente, él mismo lo sabe al intuir trabajosamente que existe algo que su cuchillo de pedernal no puede cortar: el oscuro temor que le inspira todo.

Y es que el miedo no es algo objetivo, sino la cualidad con que envolvemos al mundo; nada provoca miedo, el hombre produce el miedo, esa es su forma de ser. Simón, la única conciencia objetiva dentro de los niños, y que por ello debe morir, reflexiona sobre esto; en su monólogo con el Señor de las moscas comprende que la Bestia sagrada y temida son ellos mismos, los hombres-niños que lo asesinarán en un crimen que está más allá de la expiación porque es un acto místico, y en donde la culpa vuelve a ser miedo. Ralph el pequeño inglés educado y autosuficiente que vive las sensaciones sub-humanas de un animal perseguido, llora al ser rescatado porque sabe que es inútil volver a la ropa limpia y al té de las cinco, después de haber visto lo que verdaderamente encierra el corazón del hombre.

William Golding nos entrega su imagen del hombre sin implicaciones de tipo ético. No es ni bueno ni malo que el hombre sea así; simplemente así es: " ¡Qué ocurrencia pensar que la Bestia sea algo que se puede cazar y matar! —dijo el Señor de las moscas. Durante un momento o dos, en la selva y en todos los otros sitios apenas visibles en la oscuridad, se oyeron los ecos de una parodia de risa—. ¿Lo sabes, no es cierto? Soy parte de ti. Soy la razón por la que nadie puede irse, y las cosas son como son." Es la a veces condenada y nunca aceptada imagen darwiniana del hombre: un animal que lucha por sobrevivir con la terrible desventaja de ser consciente de su situación.

